

asociada al duelo funerario, aspecto que ha sido objeto de especial atención para los siglos del gótico, pero que requeriría, acaso, un mayor desarrollo en este contexto (pues, como bien dice la autora en sus conclusiones, la expresividad no es patrimonio del arte gótico). Encuentro de la misma manera especialmente atractivo el concepto de “icono-

data, citation and similar papers at core.ac.uk

brought to you

provided by Repositorio Documental de la Universidad de Valladolid

tido originario se ha perdido o ha dejado de estar vigente), que no sé si tiene aplicación a casos concretos del románico hispánico.

En definitiva, el libro de Alicia Miguélez resulta extraordinariamente original e interesante por la manera en que aborda el románico español desde el punto de vista de la gestualidad y esperamos que sea el punto de partida para un trabajo más amplio que aborde en toda su complejidad este apasionante tema.- Fernando GUTIÉRREZ BAÑOS, Universidad de Valladolid.

VIGANÒ, Marino, *Locarno francese (1499-1513). Per i 500 anni del “rivellino” del Castello visconteo 1507-2007*, Ed. Casagrande, Bellinzona, 2007, 52 pp., 56 ils.

Es sabido que Leonardo, aparte de haberse desenvuelto con una genialidad sin precedentes en el ejercicio de la pintura, la escultura y la arquitectura, fue ante todo un científico, considerándose él a sí mismo como ingeniero. Fue ésta, la disciplina en la que incidió en la carta que, como currículum de presentación, dirigió a Ludovico “El Moro”, regente de Milán, en la que manifestaba sus conocimientos para fundir bombardas, trazar caminos y construir pontones, asuntos todos ellos de gran valor bélico para cualquier Príncipe, pues propiciaban la derrota de los enemigos y el engrandecimiento de los territorios.

Ludovico, fascinado por la personalidad del florentino lo contratará en 1482 como ingeniero civil y militar, además de director de espectáculos de Corte. El secreto impuesto sobre las cuestiones militares, sobre todo si se trataba de proyectos innovadores, unido a la destrucción de algunas intervenciones llevadas a cabo en el Castillo Sforzesco, ha escondido esta importante faceta del genio quien, por otra parte, había partido de su ciudad natal, Florencia, hacia Milán, como embajador de Lorenzo el Magnífico para el que había trabajado desde 1480 en calidad de ingeniero militar.

El trabajo llevado a cabo por el profesor Marino Viganò saca por primera vez a la luz una desconocida fortificación, oculta hasta hoy en el tejido urbano de Locarno. Este vestigio, tras un minucioso estudio histórico, así como del pertinente análisis formal alcanza un interés sin precedentes, pues todos los indicios conducen a fijar su autoría en la persona de Leonardo da Vinci.

El autor toma como arranque de su investigación la fecha de 1499, momento en el que se produce la toma de Milán por parte de los ejércitos franceses. Una circunstancia difícil, que tanto en Lombardía como en el cantón Tesino y otros enclaves cisalpinos, controlados tradicionalmente por los milaneses, generará una situación incierta, aprovechada por rebeldes helvéticos y grisonos para conseguir la independencia de algunos valles.

El control de los pasos alpinos, conexión natural entre la Península Itálica y el Sacro Imperio, era fundamental. Para conseguirlo era vital mantener ciertos puntos estratégicos debidamente defendidos y fortificados. Firmada la paz de Arona con la pérdida por parte de los franceses de las plazas tesinas de Bellinzona, Isonne, Blenio y Mediglia, el rey Luis XII y Maximiliano firmarán en secreto un tratado en Blois, por el que se asegurarán mutuamente ciertos puntos estratégicos, a fin de limitar posteriores pretensiones de helvéticos y grisonos.

Tales circunstancias determinarán el regreso en 1506 de Leonardo a Milán, contratado por franceses y concretamente al servicio de Charles d'Amboise, Gran Maestre y gobernador de Milán. El interés hacia el artista por parte de los franceses tendría su razón en los conocimientos que Leonardo había demostrado como técnico en ingeniería militar. Así, en Julio de 1507, Luis XII se refería a él como "nuestro pintor e ingeniero ordinario", términos que explicaban la empresa que habían iniciado los franceses y que Manfredo Manfredi sacaba a la luz en 1507 en el parlamento de Asti, avisando que los franceses tenían el propósito de fortificar todas las tierras del estado de Milán.

La ciudad de Locarno era uno de los puntos más expuestos dentro de los valles Suizos, ya que delimitaba la primera línea defensiva de Lombardía. Un valor estratégico que había dado origen con los milaneses, a la construcción de un magnífico castillo defensivo análogo al castillo de Milán, y que fue visto por sus contemporáneos, como el castillo más importante de Lombardía, después del anterior (Milán).

A pesar de los pareceres de las gentes, a comienzos del siglo XVI el carácter defensivo de éste se verá reforzado mediante la aposición de un revellín a fin de proteger el flanco expuesto al canal portuario, reforzando de esta forma el control sobre el río y las naves que a través suyo llegaban a Locarno.

Se trataba de una obra excepcional y de vanguardia, con un diseño ajustado a los principios de la fortificación abaluartada que aún tardarán varios años en difundir ejemplos similares. Un modelo poligonal con el frente en ángulo de 45° y los flancos a 90° en cuyos muros ataludados se abrían cuatro cañoneras acasamatadas.

El revellín formalmente desarrollaba un prototipo florentino que había adaptado novedades como las que podían verse en el castillo de Montefeltro y que en nada se relacionaba con los sistemas usuales en Lombardía. Todas estas razones unidas a la vinculación de la obra con los dibujos de fortalezas del manuscrito de Leonardo da Vinci, (2182, f. 7 y f. 65) así como del Códice Atlántico, (41 v. y f. 117) determinan al autor a autorizar el revellín de Locarno como una obra de ingeniería militar de Leonardo.

No podemos ignorar la importancia de esta noticia pues al hallazgo de una obra desconocida del artista, hay que unir el hecho de ser ésta, el único testimonio de ingeniería militar construido por el genio toscano. La única evidencia real de Leonardo ingeniero militar.- María Concepción PORRAS GIL, Universidad de Valladolid.